

TODO SER HUMANO NECESITA
SENTIRSE QUERIDO

KEVIN RIVERO

Emilio Martínez Muracciole



Se les hacía tarde, demasiado tarde en la noche ya, cuando desde las esquinas empezaban a aparecer las voces de sus madres llamándolos de uno en uno, nombre por nombre, para volver a casa, comer y acostarse. Al otro día había escuela, así que ya era suficiente juego y calle por hoy. Kevin, de 30 años, lo recuerda con demasiada claridad. “Éramos once o doce gurises. Todos iban volviendo a sus casas y yo no tenía a dónde ir. Ahí era cuando arrancaba para el centro o para algún otro lugar a buscar una plaza o lo que sea para ir a dormir. Tenía diez años.”

La infraestructura urbana de los barrios periféricos, o más bien la falta de ella, es así: la intemperie es más intemperie y hay que salir a buscar la que proteja mejor. “Había lugares en los que me podía refugiarme más: monumentos, garajes y hasta un contador de la luz. Acá en el barrio no había de eso.” Además pesaba la vergüenza, más allá de que entre los siete y los doce años el vivir y dormir en la calle fue lo corriente para él. “No está bueno que en el barrio te vean los vecinos durmiendo en una canaleta”, apunta, casi como si hiciera falta aclararlo. A veces, sólo a veces, encontraba una mejor opción, como cuando en la casa de su vecina Amalia decidieron que ya era demasiado tarde para seguir jugando al Family, así que, otra vez, cada cual para su casa. “Tuve que irme. Cuando voy saliendo me doy cuenta de que la cucha del perro estaba buena. Era de material y además era grande.” Lo va recordando y no puede evitar, aun en la tristeza de lo que relata, un esbozo de sonrisa. “Agarré una piedra y se la tiré a Rey, el perro; lo eché de su propia cucha, y ahí dormí. Al otro día me levanté y fui a la escuela.” Ese recuerdo viene de antes: “tenía ocho años; estaba en tercero”, contó.

Kevin Rivero vive en su barrio, Casavalle, con la familia que formó hace poco más de un lustro. Con tres niños en la casa prioriza “las cosas fundamentales”, como “mirarles el cuaderno, hacer los deberes con ellos, que noten que son importantes, que sepan que los quieren. Uno no lo tuvo y sabe lo importante que es. Para eso no necesitás plata”.

Entre los siete y los doce, cuando vivió en la calle, Kevin tuvo una casa donde dormir y vivir, pero sentía que había razones de peso para no estar allí. Escapaba de diferentes tipos de violencia, del desinterés y de más violencia, la que llegó a dejar a su hermana, apenas una niña, en un CTI. En los hechos terminaba volviendo, pero repetía la historia al poco tiempo. “Puede sonar raro, pero a veces hasta le agradezco a mi padre ser como era”, dice, convencido de que en ocasiones la peor de las desprotecciones no necesariamente está en la calle. Cuando nació, en 1987, su padre estaba preso por homicidio. Incluso su madre lo había conocido estando ya en un centro de reclusión, cuando acompañó a una amiga a la cárcel a visitar a su marido. “Yo, de bebé, conocí Punta de Rieles, Miguelete, el Comcar, el Penal (de Libertad); conocí todos los módulos. Tengo fotos de bebé en las que estoy arriba de una mesa de visitas en la cárcel. Conocí por dentro las celdas. Yo vi eso, que no estaba nada bueno, y supe que no lo quería. Incluso cuando mi padre salía en (libertad) transitoria tampoco estaba bueno. Me acuerdo clarísimo que tenía 12 años e iba al liceo 36, y mi padre un día me llevó en bicicleta de casa hasta el liceo. Era una bici montaña; yo iba sentado en el cuadro. En el trayecto él me iba contando ‘a esa carnicería que está ahí yo la robé’, ‘en aquel supermercado rapiñé’, ‘acá en la seccional 12^a me tuvieron varias veces’. No me decía que qué quería ser yo cuando fuera grande, ni me recomendaba estudiar para tener un mejor trabajo; nada de eso.”

Kevin admite que es común que le señalen que siempre está sonriendo; parece un rasgo entre facial e identitario. Lo conserva incluso cuando aborda escenas visceralmente amargas, en las que, en realidad, amargura es apenas un eufemismo. Cuenta su historia con detalles apoyado en un léxico con el que no se le hace difícil ser preciso en cada una de las escenas, ni desnudar la carga emotiva del caso a caso. Se trancó un poco, sí, cuando quiso empezar a explicar el peso de El Abrojo en su vida. Estiró una “Y...”, buscó con los ojos que le bajaran las palabras desde el techo y descomprimió algo con un “¡Puf!”.

Se vinculó como jugando, colándose a las actividades lúdicas que El Abrojo realizaba en su barrio los fines de semana. “Había una acá en Las Cabañas, que en realidad era para gurises más grandes, tipo de 14 o 15 años. Conocí El Abrojo no sólo por el barrio, sino también por la calle. Había un ómnibus (se refiere al Proyecto Bus Itinerante) que siempre iba a la explanada 21, en Pocitos, y ahí se hacían actividades. Me acuerdo de educadores como el Cabeza o el Muñeco. Con ellos íbamos en el ómnibus, y en el ómnibus mismo nos daban de comer, nos ofrecían un lugar, hacíamos juegos, nos enseñaban a caminar en zancos y todas esas cosas. Era todo para niños que estaban en situación de calle. Sabía que en mi barrio había otro grupo que hacía actividades en Las Cabañas, y además mis hermanas terminaron la escuela gracias a El Abrojo. Me acerqué porque estaba bueno. Había pila de gurises. Había algo ahí, así que ‘vamos a ver qué es’; fui de curioso, a jugar.” Y, claro, no fue una actividad. Se volvió un proceso, que duró no sólo su tiempo en la calle. De hecho fue su puerta de salida de la intemperie. Y más aún, porque cuando narra y describe, los aspectos que más destaca están asociados fundamentalmente a lo afectivo. “No sé cómo explicar el peso de El Abrojo, de la ayuda que tuve; no hablo de que me

dieran dinero por mes o ropa, sino de un apoyo psicológico muy importante que quizás cuando uno es niño no se da cuenta del peso que tiene. Y además todo lo que tiene que ver con el afecto. Ahora pienso y no sé dónde estaría ahora. Hubiese estado bueno tener todo ese apoyo y ese afecto por parte de mis padres, así sea en estupideces; pero no.”

“El Abrojo siempre estuvo. Ahí te daban un abrazo o te hacían reír; eran las cosas que no tenía en casa, y estaba muy bueno. Era gente buena, y en ese momento para mí ser bueno era que no robara ni pegara ni se abusara. Y era muy difícil creer que había gente buena. Uno no pensaba que existía gente buena, sino que eran todos ventajeros, que no hacían nada si no es a cambio de algo. Y en El Abrojo sí me daban todo eso gratis. Vino y se instaló en un barrio donde nadie creía en nadie. Los demás gurises me decían ‘no’, como que no tenía una buena intención. Viviendo en la calle vos siempre desconfías; hasta cuando te llama una persona desde un edificio para darte un bol de comida. Estás todo el tiempo a la defensiva, en alerta; tenés miedo de todo: de la policía, de los dueños de los lugares en los que andás. Era inevitable pensar que todos los que estaban trabajando eran todos malos; estaban todos en contra de uno porque no te dejaban en paz, no te dejaban tranquilo. Era como que todos estaban mal, y no, no es así. El que estaba mal a veces era uno, pero es muy difícil verlo así cuando sos un niño y estás en la calle. Y (en ese contexto) no era fácil discernir, distinguir a un grupo de personas que no eran malas”. “Te ayudaban sin pedir nada a cambio. Te daban su tiempo. Creo que lo hacían más que nada porque eran buenas personas; más que nada por eso.”

En su descripción, una oración es recurrente: “se preocupaban por mí”. “Siempre estuvo presente El Abrojo, y la Obra Ecuménica; con ellos siempre tuve un espacio.”

A menudo se interroga qué habría pasado si las decisio-

nes de aquel entonces hubieran sido otras. “Me lo planteo todo el tiempo. Hubiese sido todo diferente”, sobre todo en la adolescencia. “Creo que con no volver a mi casa me fue bien, porque con todos los gurises que yo me juntaba, gurises que volvían con sus padres, en la mayoría de los casos están presos o muertos.” Kevin los recuerda en las mejores escenas. Pero las más crudas también brotan, inevitables: “De repente éramos siete u ocho gurises en una esquina, alrededor de un árbol, y casi todos le estaban dando al cemento. A uno lo perseguía el dinosaurio Rex; otro veía a Dibú y alucinaba con eso. Yo, que vivía en la calle, nunca agarraba nada de eso. Y sin embargo ellos sí volvían a sus casas y estaban con su padres”. Está convencido de que su suerte sería la misma de ellos de no haberse conectado con El Abrojo. “Incluso podría estar preso sin haber hecho nada, porque si te juntás con algunos gurises que, como se dice, ‘tienen corriente’, a vos también te llevan. Sos pobre y no tenés para un abogado. Te van a llevar y vas a ser parecido al de una filmación de una rapiña y no tenés para decir dónde estuviste porque no trabajás y no tenés recibo de sueldo. Estás todo el día vagando en la calle y terminás preso.”

Tiene clara la cifra: 88. Esa fue la cantidad de entradas a comisarías siendo menor de edad. “Todas por vagancia. De mayor no tengo antecedentes. La policía me veía en la calle y me llevaba. Si estaba abriendo las puertas de los taxis en la entrada a un baile, eran las tres o cuatro de la mañana y la policía me llevaba.” Eso implicaba, una vez tras otra, retornar a su casa. La historia se repetía hasta el hartazgo.

El enunciado “entre los siete y doce años vivió en la calle” encierra bastante más de lo imaginable; está repleto de situaciones, pero también de etapas. “Yo estaba continuamente

en la calle, y no un día o unas horas, sino que me quedaba en la calle hasta tres o cuatro meses seguidos. Tenía nueve o diez años de edad. Pero empecé a crecer, y en ese tiempo la inseguridad iba en aumento. Crecía, y ya no daba lástima. Tenía que sobrevivir mendigando, vendiendo estampitas en los ómnibus, pidiendo dinero afuera de los supermercados, cuidando autos en el Disco de Agraciada y Asencio, y entonces cuando empecé a crecer ya no estaba para estar en la calle. Empezaba a andar mal porque la gente te mira diferente, las mujeres agarran fuerte la cartera y ya nadie baja la ventanilla del auto. Yo ya no era un niño; ya no me veían como una persona que no representaba un riesgo. Ahí fue que hablé con El Abrojo. No quería estar en mi casa, pero tampoco quería ir a un lugar en el que hubiera menores infractores. Nunca estuve en la Berro pero sabía lo que pasaba por lo que me decían los demás gurises que se fugaban. Sabiendo eso, mejor me quedo en la calle.”

“En la calle conocí gurises de todos los barrios: de Cerro Norte, de Casabó. Estábamos en la misma, en la calle, pidiendo monedas. Teníamos historias muy parecidas, queriendo escapar del hogar. Uno piensa que nadie se preocupaba, y mucho menos ocuparse. No existía ni el MIDES ni estaban todos los planes que están ahora. No había muchos lugares donde recurrir. Entrar a un refugio era muy difícil.”

A través de El Abrojo llegó al proyecto social Capitanes de la Arena —del Centro de Investigación y Promoción Franciscano y Ecológico, CIPFE—, que fue su hogar hasta la mayoría de edad. “Allí estuve de los 14 a los 18. Siempre mantuve contacto con mi familia, visitando a mis hermanas. A la casa de mi madre no quería ir; mi padre era muy violento. El único escape que conseguí para irme y no pasarla tan mal fue internarme.”

El proceso, en la calle y ya fuera de ella, fue largo y ha-macado. Se aferró a algunas certezas, como la de seguir estu-

diando. “Eso es importante. Siempre fui a la escuela”, recuerda. Le gustaba, se comprometía con ella, y de hecho llegaba al punto de colaborar con la Comisión de Fomento, aportando varias de las monedas que el día anterior había conseguido en la calle. Aprovechaba la escuela lo más que podía; allí mismo hacía los deberes, y allí también, en la escuela N°320 del barrio Borro, quedaban sus cosas hasta el otro día. Llegar mal dormido era lo cotidiano: “A veces la maestra Mónica me hacía una cama con mochilas para que yo pudiera dormir en el recreo. Unos minutos antes de terminar en el recreo iba y me despertaba”. Esos gestos los encontraba en la escuela y fuera de ella; incluso lejos, por ejemplo en el Bar Ibérico de la calle Agraciada. “Si a Eduardo, el cajero del bar, yo le llevaba el carnet de la escuela y las cosas iban bien, me dejaba andar todo el tiempo ahí. Me daba un capuchino, una medialuna, me dejaba estar un rato en un lugar más calentito. No me podía quedar a dormir porque al dueño no le gustaba, pero estaba todo bien porque no me corría ni llamaba a la policía, y eso para mí ya era ser un amigo.”

Munido de su capacidad, su resiliencia y una infinidad de factores externos, como por ejemplo aquellos gestos, llegó a ser abanderado. Pero para la foto, asegura, prefería ser escolta: “Como no tenía champions me ponía atrás, porque en la foto quedaba mal”.

* * *

Kevin, de nuevo en su barrio, habla del lugar, de las complejidades que se sortean las argumentaciones de la vía rápida. Resulta complejo para él, que respira allí y que explica todo sin dificultad alguna. Cuenta, por ejemplo, que los tips que los padres transmiten a sus hijos como aspectos básicos de seguridad, pueden no ser los de otros barrios: “De repente en otros

lados a los hijos les enseñan que hay que esperar la luz verde del semáforo para cruzar. Acá no tenemos semáforos. Enseñamos sí que si escucha un disparo hay que reaccionar rápido, meterse en casa, no salir a chusmear por ningún motivo”. O las complejidades de los abusos de poder naturalizados: “Acá hay mucho movimiento durante todo el día. Dos por tres hay un allanamiento y te invaden. Si no estás haciendo nada malo no tienen por qué entrar, romperte las cosas de tu casa y tirarte todo al piso porque es la policía”.

Y después, o siempre, la tele. “No estoy de acuerdo con lo que hacen algunos programas que son, en teoría, programas de actualidad. No tienen tiempo para investigar qué fue lo que pasó, cómo fue realmente. Si ayer hubo un operativo en un barrio no pueden salir a hablar ellos en la tele y asumir todo como que es todo real si no fueron nunca al barrio. No investigan ni verifican. Van allí, a los paneles, los mismos de siempre. Y todo eso, claro, vende.” Ya le dijo un comisario, cuando era bastante más joven, que tenía que mudarse para que no le pasaran algunas cosas como ser llevado a la seccional cuando estaban buscando a otra persona. Y se lo sugirieron hace pocos años cuando casi pierde una pierna por llevarle gasoil a un amigo al que se le había quedado la camioneta ya bastante entrada la noche. Salió en la moto, rápido, con el gasoil en la mochila. Desde un patrullero lo vieron pasar por San Martín, y alcanzó con eso, con que “un masculino” fuera velozmente en moto, cargando una mochila, para salir a perseguirlo y toparlo desde atrás sin mediar voz de alto.

El impacto de la superficialidad de un abordaje periodístico que atrae espectadores condenando a otras personas es un asunto que Kevin viene masticando y cavilando desde hace unas dos décadas. Su mejor botón es una experiencia concreta, sufrida en carne propia. De todas las que narra, es la única que consigue desdibujar la que hasta el momento parecía una

imperecedera sonrisa. “Uno trata de superarlo, pero olvidar no lo puede olvidar”, dice. Tenía once años, estaba en sexto de escuela. En resumidas cuentas, el incendio intencional de un auto abandonado se llevó la vida de dos pares, dos niños que eran sus amigos y con los que, en ese auto, solía dormir. Por el solo hecho de estar ahí se convirtió en sospechoso. Su cara apareció en los informativos entrando al juzgado. Lo mostraron y hablaron de él una y otra vez, hasta que finalmente fue ubicado el culpable del siniestro. Él, de todos modos, siguió cargando con la condena en la escuela, en el barrio, en los ómnibus, y también en la casa. “Y ahí estuvo El Abrojo, yendo al juzgado, dándome apoyo psicológico. Me ayudó mucho.

No me molestó tanto el estar en la comisaría, porque en definitiva yo estaba acostumbrado a todo lo que me pasaba en la comisaría. Me molestó sí todo lo que hizo la prensa. Fue una tortura psicológica mortal. Eso fue a los 11 años, y hasta los 17 estuve en manos de psicólogos. Yo tenía una relación con esos gurises. Eran mis amigos, comíamos juntos, jugábamos siempre en la plaza Suárez y teníamos historias muy parecidas; éramos todos iguales. Estábamos en la misma y de golpe no estaban más. En un mismo golpe me quedé sin mis amigos, y me culparon.”

Hoy Kevin tiene 30 años, repasa, piensa y comparte. Hoy tiene dos trabajos: uno de guardia de seguridad y otro reparando celulares. Antes se dedicaba también a la informática, la que le gusta desde la infancia, cuando la palabra ceibal sólo tenía connotaciones botánicas. Siendo niño, a través de El Abrojo accedió a un curso en Bios. Todavía iba a la escuela. “Era imposible para mí acceder a una computadora. En la prueba inicial me acuerdo que me saqué diez sobre diez, y era

la primera vez que tocaba una computadora. Era una tontera, pero me valió el acceso a una computadora con Windows XP.”

También repasa su vida de niño cantor de la Dirección Nacional de Loterías y Quinielas, o como colaborador en el Jardín Botánico primero y en el Parque Lecoq después, ámbitos todos en los que fue conociendo mucha gente que le permitió ampliar su red. “Desde los quince años aportó a la Caja. Todo eso fue gracias a Capitanes de la Arena. Siempre seguí estudiando y además quería trabajar. Nunca digo que hice todo sólo. Siempre precisé y voy a seguir precisando. Tuve mucha ayuda, aunque no la que precisaba, la de mi familia.”

Y otra vez, como si hiciera falta decir, dice: “Todo ser humano necesita sentirse querido, y reconocimiento”.